

AMANE CER

Y finalmente se levantaron las nubes y apareció un inmenso cielo estrellado que, inexplicablemente, había permanecido escondido a nuestros ojos hasta ese momento. Un gigantesco manto de luces formando una mágica cúpula, millones de estrellas palpitantes envolviendo el planeta: la calzada estelar surcando el espacio, trazando la blanca vía hacia el infinito, el carro de Orión transportando las oraciones de todos los ateos sin dios a quien rezar, las Pléyades, Casiopea, Andrómeda...

Son las cinco menos cuarto de mañana, 2.075m. de altitud no hace viento, no hay luna. Diecinueve montañeros surcando la noche formando una hilera de luces como una procesión de ánimas.

Conforme vamos ascendiendo el cielo parece estar más y más cerca, la galaxia cada vez más próxima. Consigo finalmente ver dos estrellas fugaces, un instante de luz efímera, un deseo formulado en un microsegundo, una imagen fugaz de cataclismos estelares, ¡que belleza!. Al fondo, en el valle, van apareciendo las luces de los pueblos. Imagino a tanta gente durmiendo apaciblemente en sus casas sin sospechar el inmenso espectáculo que habita cada noche, esta noche, sobre sus cabezas.

Subo sin apenas esfuerzo, atenta a cada pisada que ilumina la luz de mi frontal. El aire, que es como de acero frío y cortante, parece que inyecta energía a los músculos de mis piernas, que no necesitan de mi atención para hacer su trabajo. Disfruto intensamente de esta sensación, de la noche, de cada paso, de cada instante.

Alcanzamos los 2.600m. de altura; poco mas de 400m. para la cumbre y faltan apenas 45 minutos para la salida del sol. Los perfiles de las montañas empiezan a perfilarse en una tenue e imprecisa luz que anuncia el cercano amanecer: es el sol que envía sus emisarios para preparar su majestuosa aparición.

Los últimos metros son los más difíciles. Dos palas con una fortísima pendiente: una primera que produce la ilusión de cumbre pero que esconde otra, aún mas pendiente si cabe, que conduce ya inevitablemente a la cima del Caballo, 3.015m. de altitud, la montaña mas occidental de la gran muralla natural del sur de Europa: Sierra Nevada.

A pocos metros de la cumbre apago mi frontal. La luz del día ilumina ya con precisión los contornos de las montañas que nos rodean; luz fría de amanecer apenas teñida de rojo hacia levante. Miro hacia arriba y veo a algunos compañeros que han alcanzado ya cima y descansan apaciblemente; me miran sonrientes y me gritan palabras de ánimo, ¡venga que ya lo tienes...!.

Estoy en la cumbre. La luz del día se ha instalado obedeciendo a leyes contenidas en la esencia del mundo con una sabia técnica articulada por miles de millones de amaneceres en la historia del planeta. Todos los compañeros van llegando poco a poco a la cima y nos vamos situando, en el reducido anfiteatro de la cumbre, para presenciar un antiguo espectáculo cotidiano y único cada vez: la salida del sol entre las montañas.

Primero es un destello luminoso y enseguida el astro rey aparece en todo su esplendor frente a nosotros. El aire parece cargarse de energía, la luz se hace mas intensa mas precisa, las montañas aparecen mas cercanas, me siento en el techo de mundo, dejo volar la imaginación y pienso que esta función se representa hoy, en rigurosa exclusiva, solo para algunos de nosotros, amigos del silencio, contempladores de montañas y estrellas.

Mañana seremos historia pero hoy, en este momento, me siento parte del ciclo sin fin de la vida y presiento que, a pesar de todo, siempre hay lugar para la esperanza.

